

# Nilda y su inolvidable hermano Nené

Por ORLANDO FOMBELLIDA CLARO  
Foto LUIS CARLOS PALACIOS LEYVA

A la vivienda en la cual se nace, los seres humanos volvemos, física o mentalmente, hasta el final de los días, y aunque tengamos una propia, la consideramos nuestra, por eso no decimos, voy a casa de mamá y papá, sino, voy a mi casa. Es que en ese hogar están las raíces, los años felices de la infancia y la adolescencia, y la presencia de los progenitores.

En pie aún está, enclavado en El Diamante, barrio de Santa Rita, en Jiguani, el inmueble en el que vino al mundo, el 17 de marzo de 1931, Manuel Hernández Osorio, nombrado El Isleño en el Ejército Rebelde, en la Sierra Maestra, y Miguel, en la guerrilla internacionalista de Ernesto Che Guevara, en Bolivia, donde cayó el 26 de septiembre de 1967.

A ese sitio va, los fines de semana, Nilda, de 72 años, hermana del combatiente, y de Gelasio, quien lo ocupa y cuida, también los objetos personales de Nené, como cariñosamente le decían a Manuel.

**¿Cómo recuerda a Manuel Hernández?**

-Yo lo recuerdo cuando trabajaba en las minas (de Charco Redondo) que siempre llegaba tiznado y al bañarse, en un bañadero que teníamos detrás de la casa, lo ayudaba a quitarse el tizne de la espalda.

“Él trabajaba en los túneles y venía muy arañado y sucio, de carretillar. Y yo lo estregaba con un estropajo para dejarlo limpio.

“Nené siempre fue muy bueno. Cuando cobraba me traía cantidad de cositas de regalo: pulsos, tijeras, grasa (para el pelo), perfume”.

**FALSOS GALLEROS**

Nilda habla con entusiasmo de Manuel, a quien, asegura, le parece estar viéndolo, con su hercúlea complexión y sonrisa de niño pícaro.

“Aquí -prosigue- venían unos jóvenes en busca de Nené y mi mamá respondía: ‘Está por allá atrás’. Nené tenía un vallín, era gallero, y Mita (mamá) le preguntaba quiénes eran y él respondía que galleros, pero ella decía, ‘a mí me parece que vienen a hablar de otra cosa’, aunque no pensaba que en este monte, trabajando en las minas de Charco Redondo, sin ser un hombre de ciudad, Nené pudiera interesarse por que en Cuba hubiera un cambio de gobierno ni nada de eso.

“Fue en las minas de Charco Redondo donde determinó unirse al Movimiento 26 de Julio. Él era muy reservado”.

**¿Cómo reaccionó la familia al incorporarse Manuel al Movimiento 26 de Julio?**

-Bueno, mi mamá con él sentía obsesión, porque él era con ella muy cariñoso y cuando se fue (para la Sierra Maestra) se disgustó mucho.



Nilda Hernández Osorio

“Después mi hermano Ramón determinó alzarse también, porque aquí el ejército sospechaba, y más tarde Purro dijo: ‘Yo me voy’. Mi papá trabajaba por la costa de Manzanillo y les consiguió un documento para trasladarse para allá y que subieran a las lomas”.

**RETORNO Y PARTIDA**

“A los 10 o 15 días de terminada la guerra, Nené vino a vernos, y a su novia, que era de aquí, de El Diamante, Elvira. Siempre estuvo enamorado de ella y con ella se casó.

“Nos fuimos para La Habana, porque a mi papá lo iban a operar, y Nené le dijo a Mita que él se tenía que ir para Camagüey y no iba a poder atendernos mucho durante nuestra estancia allá, mientras papá se recuperaba.

“Se fue y después no supimos más de él durante mucho tiempo”.

**LA CASA**

“Aquí éramos ocho hermanos. La mayor, que ya murió, y le seguía Nené. Quedamos Gelasio, Ramón, Purro, Denio, Antonio y yo, que soy la última.

“Tengo casa en Santa Rita, pero esta sigue siendo la mía, y de mis hermanos. Vengo aquí los sábados y domingos, para estar al tanto de Gelasio y de las cosas que estén a mi alcance conseguirle”.

**TESTIMONIO DE POMBO**

Entre quienes acudieron el 26 de septiembre a rendir tributo a Manuel Hernández Osorio estuvo el general de brigada de la reserva Harry Villegas, Pombo en la guerrilla del Che en Bolivia, quien en informal plática expuso: “Hay que resaltar la vida de Manuel Hernández, porque es una figura de este territorio que no podemos olvidar, hay personas, como él, que son grandes, aunque no hayan ocupado altos cargos.

“El Che tenía extraordinaria confianza en Manuel Hernández, Miguel. Cuando al Che le mataron (durante la lucha del Ejército Rebelde, en Cuba) a Herman y empezó a analizar qué gente buscaba para la vanguardia, ¿a quién encontró?, a Manuel. Y cuando en Bolivia se crearon problemas y al jefe de la vanguardia hubo que sustituirlo, ¿a quién buscó?, a Manuel, porque tenía extrema confianza en él.

“En ambas oportunidades Manuel fue un paradigma, en la invasión a Occidente, en todos los combates en Las Villas. Manuel, Miguel, es un compañero con valores excepcionales”.

**BREVE RESEÑA**

El padre de Manuel Hernández Osorio fue un inmigrante de Tenerife (Islas Canarias), y su madre, la cubana mulata Juanita Osorio. Era un campesino pobre que se integró a la guerrilla del Movimiento 26 de Julio desde principios de 1957. Combatió en Pino del Agua, El Gaviro, Manzanillo, San Ramón, Arroyón, Las Mercedes y Vegas de Jibacoa. En agosto de 1958 fue ascendido a teniente y el Che Guevara le pidió acompañarlo durante el resto de la campaña.

En Camagüey fue ascendido a capitán y nombrado jefe de la vanguardia. Resultó herido en la toma de Fomento por una bomba arrojada desde los aviones.

Terminada la Revolución, se casó con Elvira, con quien tuvo tres hijos. De 1962 a 1966 estudió en la Escuela Básica Superior de Guerra recibiendo el grado de primer capitán. Integró la guerrilla internacionalista del Che Guevara en Bolivia, donde cayó en combate el 26 de septiembre de 1967, junto con Mario Gutiérrez Ardaya (Julio) y Coco Peredo.

Sus restos y los de dos combatientes que murieron con él, fueron hallados el 11 de febrero de 1982 y colocados en el Memorial de Santa Clara, donde un año después también serían depositados los del Che y otros guerrilleros caídos en Bolivia.



## Estampa del último sábado

Por LUIS CARLOS FRÓMETA AGÜERO  
lcfrometa@gmail.com

# El niño de la cadena

Cuando el mal es de mangos, no valen guayabas verdes

Yo

Corrían los tiempos difíciles de la década de los años 30, del siglo precedente, cuando en la Curva del Muerto, desolado paraje cercano a Bayamo, las familias López y Matamoros decidieron juntar sus vidas en singular acto matrimonial.

Pronto nació el primer hijo, al que apodaron Yoyi y como era tan avisado lo colmaron de bondades, entre estas una cadenita de fantasía, encontrada en el nacimiento del río, cuando la madre lavaba la ropa de la semana.

Como la casa estaba incompleta, el viejo cavó un hoyo detrás de su bohío y, entre una mata de moringa y otra de aguacate, construyó un escusado con tablas de palma real, a bajo coste, que luego pintó con lechada de cal, hasta dejarlo “de agencia”.

La situación económica empeoraba en todo el país, pero los padres del niño atesoraban la idea de tener en la familia a un profesional de prestigio y hurgando en las posibles variantes para que entrara en relación con un mejor desarrollo social, recordaron que en Santiago de Cuba ambos tenían familias allegadas.

Establecieron los contactos reglamentarios, le arreglaron la ropa como pudieron y:

-En casa de los Matamoros, residentes en Versailles, 15 días, y el resto del mes, para Puerto Boniato, donde vive mi familia, fue la decisión del viejo. Y sorteando las inclemencias del tiempo, llegaron a “Chago”.

Esa mañana de mayo, una de las tías lo recibió con espléndida sonrisa y una tanda de mangos bizcochuelos, comió tantos que pronto el pequeño sintió deseos de acudir al baño, solicitó el permiso y salió al patio en busca del espacio para deshacerse de su urgencia.

-Jorgito, el baño está dentro de la casa -aclaró la tía más vieja, indicándole el camino.

-¡Ah!, cuando termines, hala la cadena -precisó.

Asombrado, el muchacho penetró en el lugar sanitario, desconocido para él hasta ese momento, tomó asiento en el “blanquísimo trono” y en breve desocupó el estómago, pero mientras, pensaba cómo descargarlo.

Luego de varios intentos fallidos por encontrar la solución, nuevamente la tía le aclaraba desde el comedor:

-Jorgito, para descargar el baño, hala la cadena -insistió con tono dictatorial al apreciar la demora.

Y el chico, obediente, tomó la cadena de fantasía que ataba a su cuello y de un tirón la partió en dos, pero todo seguía intacto.

Comprendió que no era esa la cadena, hasta que por fin divisó otra pegada al tanque del agua.

-Debe ser esta -y tiró de ella.

Un fuerte chorro de agua se remolinó bruscamente en el interior de la taza, el corazón del niño latía apresurado, los ojos parecían salirse de sus órbitas, pensó que el agua se desbordaría y correría por toda la casa. Entre el alivio y la angustia caviló:

-Mi madre, rompi este aparato.

De repente, el agua volvió a la normalidad, respiró, secó el sudor de la frente con el canto del pullover y proyectando su voz entrecortada dijo:

-¡Tíaaaaaaaaa... ya acabé!